

LOS FRANCISCANOS EN JAPON (1582-1640)

著者(英)	Jose Maria Tapiz
journal or publication title	The Journal of Intercultural Studies
volume	41
page range	17-38
year	2019
URL	http://doi.org/10.18956/00007888

LOS FRANCISCANOS EN JAPÓN (1582-1640)

JOSÉ MARÍA TÁPIZ

Ex Profesor Asociado de la Universidad de Kansai Gaidai

La orden franciscana ha estado en el país nipón desde los mismos comienzos del proceso evangelizador; de todos es conocida la presencia franciscana tanto entre los primeros evangelizadores como entre los protomártires de Nagasaki.

La actividad evangelizadora franciscana (y de la Iglesia en general) tuvo que enfrentarse en Japón a diversas situaciones, nuevas, tanto de orden cultural como político, desconocidas hasta el momento: presencia de un fuerte sincretismo religioso entre la población a evangelizar, falta del apoyo político que daba estar en un territorio no colonizado por europeos, crecimiento vertiginoso de las conversiones en un primer momento... en este estudio se trata de ver cuál fue la actividad de la Orden franciscana frente a esos retos a lo largo de su actividad misionera.

Keywords: Japón, evangelización, franciscanos, Siglo Cristiano, misiones

1. Introducción

La importancia de la orden franciscana en el catolicismo japonés ha sido –y es– más que notoria. Sin embargo, ha tendido a pasar desapercibida por la enorme importancia que, por contra, han tenido los jesuitas en el país nipón. Pero el hecho de que los franciscanos llegasen al país del sol naciente sólo poco después que los miembros de la Compañía de Jesús justificaba una mayor atención historiográfica de la orden de San Francisco de Asís. Este artículo pretende, en parte, solventar dicha carencia. Y puede considerarse un somero resumen de la presencia franciscana en Japón desde sus orígenes hasta las postreras noticias de los últimos misioneros clandestinos en el archipiélago, allá por el año 1640.

2. Los Siglos XVI y XVII

2.1. Los antecedentes inmediatos

2.1.1. En Europa.

La llegada de los europeos a las costas japonesas fue la consecuencia lógica del desarrollo del comercio y de las técnicas de navegación de los siglos XV y XVI. Sin entrar en detalles, simplemente recordaremos que, durante esa época, varios países del Viejo continente buscaban una ruta alternativa al comercio de la seda y las especias, bloqueado por los turcos desde el siglo XV. Dos monarquías se disputaban ese comercio, entre otras: las coronas de Portugal y de Castilla.

En el caso portugués, se partía de una fuerte tradición comercial en rutas marinas de larga distancia: desde el fin de su reconquista (siglo XIII) los lusos habían comenzado a establecer factorías comerciales por Africa. A finales del siglo XV consiguen doblar el Cabo de Buena Esperanza y arriban a la India. Poco tiempo después atracan en China, cerca ya de las costas japonesas¹.

Por su parte, la corona de Castilla, aunque con desarrollados conocimientos en navegaciones atlánticas, se había incorporado tarde a la ruta de las especias. Como es sabido, la búsqueda de un “atajo” marítimo por la inexplorada ruta del oeste llevó a Colón al descubrimiento de un continente nuevo: América. Años más tarde, en su circunvalación del mundo, Magallanes descubre las Filipinas -donde por cierto halla la muerte- a pocas singladuras ya de Japón. Tiempo después comenzó la conquista de las islas encomendada a Miguel López de Legazpi. Manila fue fundada en 1571.

Así, ya a mediados del siglo XVI, el archipiélago japonés se encontraba “cercado” por las dos principales potencias ultramarinas del momento: Portugal y Castilla, tanto por el suroeste como por el sudeste.

Como es de imaginar, el arribo a Japón fue sólo cuestión de tiempo. Aunque situado un tanto alejado de las rutas comerciales castellanas y portuguesas, era fácil llegar hasta los puertos del sur del archipiélago.

El encuentro se produjo de manera fortuita, en el año 1543. Un barco mercante portugués, procedente de Macao, fue arrastrado por un temporal hasta Tanegashima, una pequeña isla del sur del Japón. Este acontecimiento fue clave en la historia del país, condicionando su desarrollo político durante los dos siglos siguientes, como se verá.

Los japoneses nunca habían visto a un occidental en sus costas, aunque el comercio nipón con los países asiáticos colindantes eran intensas. De la otra parte, de Japón sólo se tenían confusas referencias en Europa. El trato de los occidentales había sido, hasta el momento, con chinos y con indios. Con todo, los japoneses eran conocidos a través de sus colonias de comerciantes en el exterior, principalmente en las ciudades portuarias chinas.

La llegada de los portugueses a Japón tuvo dos consecuencias fundamentales: la entrada de las armas de fuego y la difusión del cristianismo. Las armas de fuego no eran del todo desconocidas para los japoneses, puesto que conocían el uso de la pólvora a través de los mongoles². Pero el arcabuz era la primera arma de fuego de precisión que veían. Los japoneses se interesaron enseguida por esa nueva arma. El *daimio* (señor feudal) de la isla de Tanegashima compró dos de ellas: una la

guardó y otra se la entregó a sus armeros para que estudiaran su funcionamiento: pocos años más tarde, Japón era uno de los países de mayor producción de arcabuces del mundo (los llamados *Tanegashima*, en alusión al nombre de la isla). Su aparición revolucionó la táctica de la guerra en un momento clave de la historia japonesa, de la que nos ocupamos a continuación

2.2. En Japón

El país atravesaba en aquellos momentos una etapa convulsa. A grandes rasgos, diremos que durante los años centrales del siglo XVI se estaban poniendo los cimientos de la unificación del archipiélago. Esta no llegó realmente hasta los primeros años del siglo XVII, casi paralela a la historia del cristianismo en el país nipón. Para hacerse una ligera idea, necesaria para entender lo que viene a continuación, la política japonesa del momento estuvo ocupada por tres personajes principales: Oda Nobunaga (1534-1582), Hideyoshi Toyotomi (1536-1598) e Ieyasu Tokugawa (1542-1616).

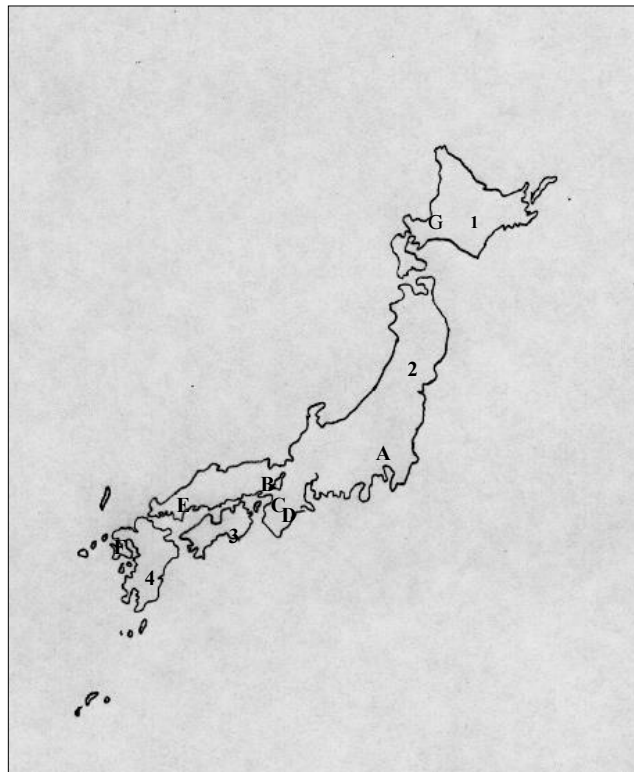
A la llegada de los portugueses a Tanegashima, Japón era un país convulso y fragmentado, que llevaba cerca de cien años envuelto en interminables guerras civiles. El poder político central no existía, el emperador era una figura testimonial sin mando alguno y el archipiélago estaba dividido en numerosos señoríos cuasi-independientes. La primacía de las clases guerrera y sacerdotal era absoluta.

De la clase guerrera, y concretamente de un señor feudal (*daimio*) de la zona central de Japón (área de Nagoya) partió el primer intento serio –y exitoso– de unificación del país: el *daimio* en cuestión, Oda Nobunaga, se hizo con el control de la cercana capital del país, Kioto, en 1568, ciudad sin poder efectivo aunque cargada de simbolismo político. Y tomó bajo su custodia a la figura títtere del emperador. A partir de ese momento, y en poco menos de quince años, consiguió el dominio de casi toda la zona central y occidental del país, en buena medida ayudado por las armas de fuego que poco tiempo antes habían introducido en el Japón los portugueses. Nobunaga murió asesinado en un momento de plena expansión militar. Inmediatamente se hizo cargo del proceso unificador su sucesor de confianza, Hideyoshi Toyotomi, un oscuro campesino que había llegado a lo más alto gracias a su aguda inteligencia.

Los dos principales problemas de Nobunaga habían sido: la oposición de los señores feudales del centro y del sur del país y el poder de los templos budistas. A ambos retos se enfrentó con decisión. El poder de los *daimios* rivales quedó anulado a través de su política de conquistas y al acertado conocimiento de sus propias limitaciones militares: así, mientras él se enfrentaba a rivales accesibles en el centro y el sur, su retaguardia –el norte del país, y concretamente la zona de la actual Tokio– quedaba protegida por su aliado Ieyasu Tokugawa, citado más arriba y que sería, a la postre, el encargado de rematar su obra.

El poder de los templos budistas en el siglo XVI era inmenso: ejercían una fuerte influencia sobre el pueblo llano; controlaban importantes recursos económicos y en el pasado habían tenido incluso ejércitos privados, a semejanza de las órdenes militares occidentales³. De hecho, la aparición del cristianismo no fue una nueva dificultad para Nobunaga, antes al contrario: la difusión de la nueva religión le sirvió para obtener un contrapeso religioso al poder de los *bonzos* budistas. Junto al apoyo prestado a los misioneros católicos que empezaban a entrar y a extenderse por el país, Nobunaga declaró la guerra a las más importantes sectas budistas del momento. No tuvo escrúpulos en atacar e incendiar muchos de sus santuarios y en pasar por las armas a multitud de *bonzos* en varias ocasiones. Su acción más destacada en este sentido fue el ataque y quema del complejo monacal del monte Hiei, cerca de Kioto, en 1571. En esa acción de castigo ardieron tres mil edificios y murieron miles de monjes⁴. El sometimiento de la clase religiosa se completó confiscando numerosas tierras a los templos y situando a sus propios agentes de confianza al mando de las instituciones religiosas que quería controlar⁵.

Mapa nº 1: Japón y sus islas principales en los siglos XVI-XVII



- 1: Hokkaido
- 2: Honshu
- 3: Shikoku
- 4: Kyushu

Ciudades principales

- A: Tokio
- B: Kioto
- C: Osaka
- D: Nara
- E: Hiroshima
- F: Nagasaki
- G: Sapporo

2.2.1. La entrada del cristianismo.

2.2.1.1. Primera etapa: 1549-1587.

Fue, por tanto, envuelto en este panorama de cambios religiosos y políticos cuando entró el cristianismo en el país. Aunque en realidad hay que situar su aparición algo antes, concretamente en 1549, sólo seis años después de la llegada de los portugueses a costas japonesas. Como es conocido, el primer misionero en llegar fue el jesuita San Francisco Javier, que llegó bajo el amparo del rey de Portugal. Estos dos hechos –su condición de jesuita y su patronazgo portugués– son importantes para entender el posterior devenir de los acontecimientos.

San Francisco Javier estuvo poco tiempo en Japón: poco más de dos años. Pero en ese tiempo desarrolló una activa labor apostólica que dio como resultado un gran número de conversiones, especialmente en la isla de Kyushu, al sur, y en la zona de Yamaguchi y de Hirado⁶. Posteriormente, la actividad misional jesuítica se extendió también al centro de Japón (Kioto, Sakai, Imori)⁷, convirtiéndose poco después Kioto –la capital– en la zona de mayor actividad cristiana después de Kyushu⁸.

La predicación de los jesuitas, aún sin desdeñar al pueblo llano, se centró especialmente en difundir el cristianismo entre las clases altas de la sociedad, concretamente entre los *daimios*, con la esperanza de que aquéllos les dieran, por lo menos, permiso para la predicación en sus territorios y, en el mejor de los casos, se convirtieran⁹. Fruto de esta táctica apostólica fue el bautismo de varios señores feudales importantes del sur y el permiso de predicación en los territorios de bastantes más.

Sin embargo, ese planteamiento predicador tenía también su reverso. Ciertamente, la conversión de algunos *daimios* fue sincera y consecuente, pero otros lo hicieron por intentar obtener ventajas comerciales. No en vano los *daimios* que habían conseguido establecer contacto con los *nanbanjin*¹⁰ se enriquecieron rápidamente¹¹. Y es que los misioneros eran algo más que simples religiosos: traían con ellos la ciencia occidental y eran la puerta para posibles intercambios comerciales con Europa. De este peligro se percató ya, muy pronto, el Visitador Apostólico para el Extremo Oriente, el jesuita Alessandro Valignano: que constató, además, que el fuerte sentido jerárquico japonés hacía que, cuando un *daimio* se convertía –por interés o por convicción– muchos de sus súbditos siguieran el mismo camino. Y adoptaban el cristianismo con una deficiente preparación¹². Pero, con todo, el crecimiento del número de cristianos era imparable y crecía a ritmo exponencial: en 1570 se calculaba que en Japón había 30.000 cristianos, la mayoría en Kyushu; En el momento de la muerte de Oda (1582) había en el Japón 82 misioneros, todos jesuitas, ocupados en la atención de 150.000 fieles y de 200 iglesias¹³. Y en 1587, el año del comienzo de las restricciones, los bautizados se estimaban en 200.000¹⁴.

Como puede deducirse por estas cifras, la urgencia de misioneros en Japón era alarmante. Todas las órdenes religiosas presentes en el área asiática –en las colonias tanto castellanas como portuguesas– pugnaban por entrar en Japón. Sin embargo, los jesuitas consiguieron del Papa la bula

Ex Pastoralis Officio (1585) que reservaba la evangelización a la Compañía¹⁵. Mucho se ha discutido sobre dicha prohibición. Las órdenes mendicantes (dominicos, franciscanos...) afirmaban -con razón- que esa bula cortaba las alas a la difusión del cristianismo del país. Pero los jesuitas, que llevaban en Japón más de treinta años, contestaban -también con razón- que el país se había convertido en un avispero político y religioso en los últimos años. Y que había que obrar con la máxima prudencia, evitando problemas gratuitos por parte de unos misioneros que, recién llegados y desconocedores de la idiosincrasia japonesa, pudieran poner en peligro la labor realizada hasta la fecha.

2.2.1.2. Segunda etapa: (1587-1613).

En cualquier caso, el remedio impuesto por los jesuitas tampoco dio resultado: ciertamente los problemas se desencadenaron igualmente. Y además el Papa retiró la bula años después (1604). Finalmente agustinos, franciscanos, dominicos y seglares participaron en esa primera labor evangelizadora al igual que los jesuitas¹⁶.

Con la muerte de Nobunaga Oda tomó el poder, como se ha dicho más arriba, su lugarteniente Hideyoshi Toyotomi. Este se diferenciaba de Oda en algunos aspectos: en primer lugar, no era tan visceralmente antibudista como su predecesor¹⁷. Por otra parte, las principales sectas de dicha religión ya habían sido dominadas y no representaban un peligro tan serio como años antes. Aunque al igual que Oda, Hideyoshi mantuvo en un primer momento una actitud amable y de apoyo hacia el cristianismo con el fin de oponerse a los *bonzos*¹⁸. También siguió permitiendo la evangelización, confiado en que ello traería ventajas comerciales. Además, en principio no desconfiaba del cristianismo porque varios de los *daimios* aliados suyos eran cristianos¹⁹.

Su actitud cambió cuando se hizo con el control de Kyushu. Allí pudo comprobar la gran fuerza que había adquirido el cristianismo en esa isla, principalmente en la ciudad de Nagasaki, convertida en parte en feudo de la Iglesia, que había recibido en vasallaje -por donación de uno de los *daimios* cristianos- una importante porción de la ciudad y controlaba el puerto comercial a través de los jesuitas. Evidentemente Hideyoshi no podía consentir que parte de su territorio -y menos aún un puerto tan importante- escapara a su control. Fue entonces cuando confiscó el patrimonio eclesiástico de la isla, anexionó a sus dominios personales dicho territorio y promulgó la primera orden restrictiva contra la predicación cristiana (1587). Los misioneros fueron confinados en Nagasaki, paso previo a su expulsión. Aunque seguía permitiendo el comercio con los *nanbanjin* en la zona²⁰.

Aparte de la razón citada, hay otras que ayudan a explicar el brusco cambio de actitud de Hideyoshi hacia el cristianismo: por una parte, el *daimio* debió darse cuenta de la gran solidaridad interna de los cristianos -emanada de su misma doctrina- y debió juzgarla como un posible factor de desunión frente al resto del país. Además, durante la euforia de la predicación, algunos templos

budistas en zonas densamente pobladas por cristianos habían sido convertidos en iglesias, o destruidos sin más. Esta actitud debió preocupar a Hideyoshi, en tanto en cuanto que eran parte del patrimonio cultural japonés. Otra razón importante pudo ser el pensar que, una vez sometidos los *bonzos* budistas al poder civil, no había razón ninguna para continuar el enfrentamiento con ellos. Y de alguna manera, la reconciliación con el clero budista se hacía difícil de continuar el estado de cosas que se daba en Kyushu. Los *bonzos* se habían declarado acérrimos enemigos de la nueva religión²¹. Además, seguramente a Hideyoshi le preocupaba que la formación de los japoneses cristianos corriese a cargo de los misioneros; extranjeros, a fin de cuentas²².

Aunque la razón de más peso pudo ser el temor a una invasión por parte de alguna de las dos potencias que apoyaban a los misioneros²³. Sobre este punto hablaremos algo más adelante.

En cualquier caso, el decreto era duro. Se ordenaba la expulsión de los misioneros y se prohibía la labor evangelizadora. Valignano acudió en 1591 a entrevistarse con Hideyoshi, de quien si bien no consiguió que revocara el decreto, sí logró que los misioneros jesuitas (los únicos entonces), permanecieran en Nagasaki sin ser expulsados²⁴.

2.2.1.2.1. *La entrada franciscana (1593).*

La llegada de franciscanos al país vino precisamente motivada por la política expansionista de Hideyoshi²⁵. Este, dispuesto a aumentar su poder fuera del archipiélago nipón, abrigaba el proyecto de invadir las islas Filipinas²⁶. Finalmente intentó por dos veces la invasión de Corea (1592-1598), que se saldó con sendos fracasos.

Aún y todo, el peligro existía. Y era grave: Castilla había afirmado su presencia en las Filipinas sólo pocos años antes. Aún se hallaba en guerra contra los nativos y en total no llegaban a dos mil los españoles presentes en la isla de Luzón: número a todas luces insuficiente para rechazar un ataque japonés. El gobernador de Manila decidió enviar como embajadores a una delegación de misioneros, entre ellos cuatro franciscanos, que se entrevistaron con Hideyoshi durante el transcurso de la campaña coreana. Fueron atendidos con gran solicitud. Oyó a los embajadores y se comprometió a firmar un acuerdo de amistad con Manila en cuanto acabara su campaña de Corea. Y además, el *daimio*, como muestra de amistad, les confió una extensa parcela de tierra en la capital, Kioto, donde les animó a contruir un convento “a la manera de los que se hacen en España”²⁷. El permiso, claro está, contradecía las propias disposiciones dadas pocos años antes por Hideyoshi mismo. Y además contravenía la bula papal, todavía en vigor. Sin embargo, dicha actitud del *daimio* abría el camino. Y el viceprovincial de los jesuitas, con quien se entrevistaron los franciscanos, aprobó su estancia en Japón²⁸. Un año después se inauguraba en la capital la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, seguido de dos hospitales de 50 camas cada uno anexos a la iglesia: uno para enfermos y otro para leprosos²⁹. A partir de ese momento la actividad franciscana fue en aumento. Estos centraron su apostolado principalmente en el pueblo llano. Muchos kiotenses, admirados por el

espíritu penitente de los franciscanos, pidieron entrar en la Tercera Orden³⁰. Y se abrieron nuevas iglesias en Osaka y en Nagasaki³¹. En un escrito de 1595 se aseguraba que los franciscanos habían entrado con muy buen pie en el país, debido a su vida penitente y estrechez de hábitos³². Para atender a las crecientes demandas apostólicas, entraron nuevos misioneros franciscanos en Japón en 1594 y 1596³³.

Toda esta actividad apostólica contravenía órdenes expresas de Hideyoshi. Y los jesuitas así se lo hicieron ver a los franciscanos, pidiéndoles que moderaran su celo por las consecuencias que podía tener. Sin embargo, los franciscanos creían contar con el consentimiento tácito del *daimio*, que no decía nada en contra, y desoyeron las advertencias³⁴.

2.2.1.2.2. *El inicio de las persecuciones violentas.*

Sin embargo, el desencadenamiento final de la persecución cruenta no fue por causa de los jesuitas ni de los franciscanos, sino de un hecho totalmente ajeno a ellos: el arribo a costas japonesas en 1596 de un galeón español, el “San Felipe”³⁵. Este era un navío de carga, procedente de Filipinas, que había sido arrastrado por un tifón a las costas de Shikoku. Llevaba un rico cargamento de seda y de otras mercancías con destino a Nueva España. El señor feudal de la zona informó a Hideyoshi de la presencia del barco y le aconsejó que requisara el cargamento, conforme a las leyes marítimas japonesas. El *daimio* dudó en hacerlo pues era un buen momento para demostrar con hechos su voluntad de amistad hacia Manila. Sin embargo, las arcas japonesas estaban vacías tras la infructuosa campaña coreana y un inoportuno terremoto en las cercanías de Osaka. Finalmente requirió la mercancía.

A esto se unió un desafortunado incidente. Al parecer, un miembro de la tripulación debió manifestar que venían dispuestos a someter por las armas Japón al rey de Castilla, al igual que los misioneros estaban allí para someter previamente sus voluntades. Sobre este hecho se ha escrito mucho, y aún hoy no está claro si fue un malentendido durante el interrogatorio, una trampa o una declaración cierta³⁶: el hecho es que fue la causa –o quizá el pretexto– del inicio de la persecución.

Inmediatamente empezaron las detenciones. Entre ellas las de los cinco franciscanos establecidos en Kioto, porque habían evangelizado contraviniendo el decreto dado por el *daimio* diez años antes. No pudieron presentar ningún documento escrito que justificara su labor apostólica puesto que Hideyoshi no les había otorgado permiso ninguno, más allá de la construcción de la iglesia citada anteriormente: los temores de los jesuitas por el celo evangelizador mostrado por los franciscanos se hicieron realidad. Otros cuatro miembros de la Orden fueron repatriados en un barco portugués. Y otro más fue detenido en Osaka. Un último misionero consiguió escapar³⁷.

El escarmiento fue duro: a principios de 1597 los detenidos fueron trasladados hacia Nagasaki y expuestos a pública vergüenza durante el viaje ante la población. Una vez allí, fueron crucificados junto con otros arrestados; un total de veintiséis. El martirio se consumó el día 5 de febrero de 1597

en el monte Tateyama, cerca de Nagasaki: los crucificados fueron tres jesuitas japoneses, seis franciscanos de distintas nacionalidades y 17 seculares japoneses³⁸. Los tripulantes del “San Felipe”, que a punto estuvieron de correr la misma suerte, sólo se libraron gracias a la entrega de unos oportunos sobornos que encargó repartir el gobernador de Manila³⁹.

No fue ésta, con ser grave, la única consecuencia de las infortunadas declaraciones del tripulante del galeón, si es que fueron así las cosas. Aparte de los martirios, se destruyeron 137 iglesias y 125 jesuitas fueron desterrados oficialmente, si bien muchos se quedaron ocultos en el país⁴⁰.

2.2.1.2.3. *El inicio de la era Tokugawa y la Iglesia.*

La muerte de Hideyoshi Toyotomi al año siguiente de las ejecuciones cambió de nuevo el panorama político. El *daimio* dejaba un hijo de cinco años, Hideyori (1593-1615), y un consejo formado por cinco señores feudales encargados de la regencia hasta que aquél alcanzara la mayoría de edad para gobernar.

Pero como era previsible, inmediatamente al fallecimiento de Hideyoshi empezaron las luchas por el poder. El principal miembro del consejo de regencia era Ieyasu Tokugawa, del que ya hemos hablado más arriba. Su feudo estaba en la actual Tokio y alrededores. Ieyasu decidió hacer frente a los demás miembros del consejo y continuar con la unificación del país. Comenzó en 1599, cuando se nombró así mismo “señor del país”. Era lo mismo que obligar a los demás *daimios* a que reconocieran públicamente su soberanía.

El conflicto se resolvió en la batalla de Sekigahara (1600), en los alrededores de la actual provincia de Gifu. Esta victoria daba virtualmente a Ieyasu Tokugawa el control de Japón. En 1603 adoptó el título de *shogun* (jefe militar del emperador) y se convirtió, de hecho, en el iniciador de una dinastía paralela a la imperial que iba a gobernar el país nipón por espacio de doscientos cincuenta años.

La actitud de Tokugawa hacia el cristianismo fue contradictoria, al igual que la de los dos anteriores *daimios*, a los que sucedió. Ieyasu consideraba la unificación del país como la labor más importante a realizar, y a las que había que subordinar todas las demás. En el plano religioso era un ferviente budista⁴¹, a diferencia de Oda Nobunaga, el gran protector del cristianismo en Japón. E ideológicamente se podría decir que era un ultraconservador. Sin embargo, al principio intentó continuar las relaciones con portugueses y españoles: fue convencido para permitir la entrada de más misioneros, normalizó las relaciones con Manila, recurriendo para ello a los servicios del franciscano fray Jerónimo de Jesús, que casi asumió las funciones de embajador español en Edo (actual Tokio), y permitió la apertura de una iglesia en dicha ciudad⁴².

Además, en un primer momento dejó libertad de actuación a las comunidades cristianas y permitió la continuación de la labor evangelizadora. En 1601 reconoce legalmente las iglesias levantadas en Nagasaki, Kioto y Osaka⁴³. Los misioneros ocultos pudieron volver a actuar

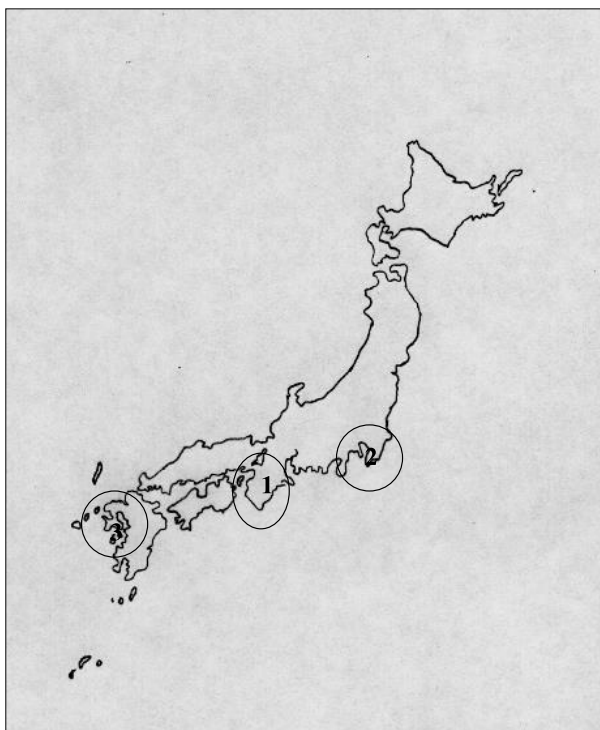
libremente y muchos de los desterrados por Hideyoshi volvieron al país. Parecía que finalmente se había terminado la etapa oscura del cristianismo en el archipiélago.

La labor evangelizadora, ya sin cortapisas, alcanzó su cénit entre los años 1601 a 1613. Como botón de muestra tenemos algunos datos parciales: en Nagasaki se calculaba que en 1611 había 11 iglesias y 40.000 cristianos. En 1614 había en el país 140 jesuitas, 26 franciscanos⁴⁴, 9 dominicos y 4 agustinos⁴⁵. El número de católicos debió rondar entre los 300.000 y 400.000: aproximadamente el 5% de la población del país. Y además, habían comenzado a buen ritmo las ordenaciones de clero nativo: en el mismo periodo llegaron al sacerdocio 15 japoneses, de los cuales 7 eran diocesanos y los otros ocho, jesuitas⁴⁶.

2.2.1.2.4. *La labor de los franciscanos (1599-1614).*

La Orden de San Francisco era, después de los jesuitas, el grupo más numeroso de entre los misioneros católicos en el país. El apoyo inicial de Ieyasu hacia los franciscanos –por motivos de necesidad política, para normalizar sus relaciones con Manila- permitieron a éstos desarrollar una labor sin precedentes hasta el momento: la Orden pudo establecerse en Edo –como ya hemos dicho- en 1599, donde abrieron la misión del Santo Rosario; en 1600 se le arrancó al *daimio* permiso para construir una nueva iglesia –La Natividad de María- en Fushimi, cerca de la capital; en el mismo año empezaban el monasterio de San Francisco en Kioto y el de la Inmaculada Concepción, en Osaka; en la importante ciudad comercial de Sakai –cercana a Osaka- abrieron la misión de San Antonio sólo tres años más tarde... En total, para 1614 los franciscanos habían abierto 10 misiones centrales, seis hospitales y una leprosería, amén de otras misiones secundarias. La labor franciscana se concentró en las zonas de Kioto, Osaka y Edo, aparte de un hospital y una iglesia en Nagasaki⁴⁷. Como refuerzo para esta labor, siguieron llegando franciscanos a Japón, casi anualmente, entre 1602 y 1612⁴⁸. No hay estadísticas sobre la labor de la Orden en el país durante estos años; sólo ha llegado hasta nosotros un informe de la policía japonesa, que contabilizaba en Edo el número de cristianos en torno a la misión del Santo Rosario en 3.500 feligreses⁴⁹.

Mapa n° 2: actividad franciscana en Japón (s. XVI-XVII). Zonas principales



1. Kioto, Osaka, Fushimi y Sakai
2. Edo (Actual Tokio)
3. Nagasaki

2.2.2. Tercera etapa: la persecución final (1613...).

El llamado “Siglo Cristiano” en Japón tuvo un fin dramático: en el año 1613 Tokugawa ordenaba la prohibición absoluta del catolicismo en el país. A diferencia de Hideyoshi el edicto se cumplió casi inmediatamente, dando lugar a una de las mayores persecuciones sufridas por la religión católica en su historia.

El brusco cambio de actitud de Ieyasu Tokugawa no tiene fácil explicación, aunque los motivos que le llevaron a adoptar esa decisión están más claros que los de Hideyoshi Toyomi. Varias razones ayudan a entenderlo:

En primer lugar hay que recordar que Ieyasu consentía el cristianismo en tanto que que era un “mal menor” ante los beneficios que podía atraer el comercio. Sin embargo fue comprobando que, muchas veces, más que mercancías venían misioneros⁵⁰.

Por otra parte, los católicos japoneses, salvo excepciones que se dieron principalmente en los primeros años, eran marcadamente de clase popular. Entre ellos muchos de los desheredados de las zonas más pobres del país. A esto hay que unir que Ieyasu tenía clara la idea de que la religión cristiana prima al individuo frente al grupo; todo lo contrario de la mentalidad tradicional japonesa⁵¹. Como se puede deducir, el nuevo credo religioso, inteligentemente encauzado por los enemigos de Ieyasu (derrotados, pero aún fuertes), podía dar lugar a graves revueltas sociales en un momento

delicado del proceso de construcción nacional japonés. El gran temor de Ieyasu en este sentido era que los partidarios del difunto Hideyoshi –agrupados en torno a la figura de su hijo Hideyori, mantenido con vida para guardar las apariencias pero estrechamente vigilado- contactaran de alguna forma con los cristianos y buscaran su apoyo⁵². Otra idea que apoyaba esta teoría era el fuerte sentimiento de solidaridad interna entre los cristianos –derivado de la doctrina de la caridad- que tampoco escapaba a los ojos de los gobernantes japoneses. Además, Ieyasu pensaba que los cristianos sólo podían ser, en último término, leales a su Dios; lo que a su juicio era un impedimento a la autoridad absoluta del *shogun*⁵³.

Y finalmente, el gran temor de Ieyasu era la eventualidad de una invasión portuguesa o española. Ieyasu era consciente de los avances territoriales de ambos países por Asia. Además (cierto o no) existía el precedente del navío “San Felipe”. Y la actitud de los propios misioneros, que en ocasiones hacían de auténticos embajadores de sus propios países, ayudaban a forjar esa imagen⁵⁴.

Sobre esas sospechas cayeron encima varios acontecimientos que parecían confirmar los temores japoneses: el primero fue que llegó a los oídos de Tokugawa que bajo el séquito del derrotado Hideyori había cristianos⁵⁵. Como medida preventiva, ordenó que fueran destituidos del mismo y prohibió los bautismos de gente cercana a la corte. Pero su cambio de actitud definitivo vino por dos vías distintas: una fueron los contactos con comerciantes ingleses y, sobre todo, holandeses, que habían llegado a Japón hacia el año 1600.⁵⁶ Ambos países deseaban el comercio con Japón y presentaban la ventaja de no estar interesados en la difusión del cristianismo –protestante- entre los japoneses, al contrario que los católicos portugueses y españoles. Ieyasu había llegado a la conclusión de que portugueses y españoles no separarían religión y comercio⁵⁷; sin embargo, Holanda e Inglaterra, sí.

La entrada de holandeses e ingleses vino a cambiar no sólo la situación comercial, sino también la política. Portugueses, españoles, ingleses y holandeses se enzarzaron en una cadena de acusaciones y rumores destinados a apartar de la corte del *shogun* al adversario comercial, religioso y político.

Pero el detonante fue cuando Ieyasu descubrió que entre su propio séquito había cristianos. Sus temores, pues, parecían fundados. En ese momento cambió definitivamente su actitud hacia los católicos y comenzó a dar disposiciones para eliminar de raíz la nueva religión. Al contrario que su predecesor Hideyoshi, Tokugawa (y sus sucesores a su fallecimiento, en 1616) puso en marcha un plan bien organizado para arrancar de raíz la semilla cristiana de entre sus súbditos, a costa de lo que fuera: en 1613 se ordenó el destierro efectivo de todos los misioneros extranjeros bajo pena de muerte. La medida se hizo efectiva al año siguiente. En 1614 se ordenó también la inscripción de todos los cristianos en sectas budistas, lo que equivalía de hecho a obligarles a que apostataran. Diez años más tarde se decretó la expulsión de los españoles del archipiélago, rompiendo así definitivamente las relaciones con la corona de Castilla. Se había prohibido asimismo el año anterior

la circulación de barcos japoneses con destino a Manila. En 1635 se crea el cargo de “Inspector de Asuntos Religiosos” para perseguir a los cristianos ocultos: una de las medidas tomadas fue exigir a los japoneses una declaración jurada de no profesar el catolicismo, avalada por los *bonzos* de su localidad de residencia. Se impidió además a los japoneses viajar al extranjero, bajo pena de muerte; y se prohibía, para evitar la “contaminación”, la vuelta a Japón a los nipones que vivían en el exterior. Asimismo se expulsaba del país a todos los hijos de matrimonios mixtos. Y en 1636 se restringió el comercio con el extranjero a holandeses, chinos y portugueses, desde un único puerto: el de Nagasaki. Al año siguiente los portugueses quedaban excluidos también del comercio con Japón⁵⁸. A partir de ese año, de hecho, Japón quedaba aislado del mundo exterior. Esta situación se prolongó hasta 1853, con la apertura forzosa del país por las presiones de los Estados Unidos.

En realidad, ante toda esta cadena de disposiciones, quedó claro desde muy pronto que no les cabía a los cristianos japoneses más opciones que el martirio⁵⁹, el exilio o la apostasía: la comunidad cristiana japonesa, extremadamente numerosa pero deficientemente formada, como se ha comentado mas arriba, optó mayoritariamente por abandonar la religión cristiana y acatar las órdenes del *shogun*⁶⁰. Los cristianos más conscientes –en gran número- fueron martirizados⁶¹. Otros muchos no resistieron los tormentos y terminaron apostatando⁶². Y otro numeroso grupo, en las zonas con más densidad de población cristiana (las primeras islas cristianizadas, al sur, más los alrededores de Nagasaki) pasó a la clandestinidad, convirtiéndose en “cristianos ocultos” (*kakure kirishitan*), y se mantuvieron en la práctica de la religión católica durante doscientos cincuenta años, sin sacramentos ni sacerdotes.

Los misioneros extranjeros, ante esa tesitura, tomaron dos actitudes distintas: unos obedecieron el edicto del *shogun* y fueron repatriados. Otros decidieron permanecer ocultos en el país para seguir atendiendo a sus feligreses: en el caso de la Orden de San Francisco, de los 27 misioneros que había en Japón en el momento del decreto de expulsión, veinte decidieron reembarcar. Otros siete se ocultaron en el país⁶³. Tres años más tarde, sólo continuaban en libertad, de ese grupo, Juan de Santa Marta, Pedro de la Asunción y Apolinar Franco⁶⁴. Para el año 1617 todos habían sido ya arrestados.

A pesar de las persecuciones, otros franciscanos decidieron tomar el relevo de los capturados y entre ese mismo año y 1632 entraron clandestinamente en Japón más misioneros, en determinados momentos casi anualmente⁶⁵. Y durante los primeros años, su oculta labor pareció dar abundantes frutos, logrando incluso nuevas conversiones al norte de Honshu, la isla principal, en torno a las regiones de Tokio, Sendai y Mogami⁶⁶. Sin embargo, la imposibilidad de evangelización era casi total, y las represalias contra los cristianos japoneses que les ocultaban frecuentemente acababan en la pena de muerte. El último misionero de la orden de San Francisco en entrar en el país fue Juan Torella en 1632. Los últimos miembros de la Orden martirizados de los que hay noticia fueron ejecutados en Edo en torno a los años 1639 ó 1640⁶⁷: El balance de mártires franciscanos fue de 28 misioneros ejecutados, al igual que otros dos más, miembros de la Tercera Orden Regular, incluidos

varios japoneses. Aparte de cientos de Terciarios franciscanos⁶⁸. Más o menos por esas mismas fechas se registraban las últimas entradas clandestinas de misioneros de otras órdenes. Pero el aparato policial japonés consiguió detenerlos casi inmediatamente, y fueron torturados y ejecutados⁶⁹. En conjunto, el número total de mártires japoneses de los que hay constancia histórica llega a los 4.000; de ellos algo más de tres mil murieron martirizados y algo menos de novecientos fallecieron en prisión. Aunque evidentemente la cifra debió ser en total mayor⁷⁰.

Por parte de la presionada población cristiana no hubo reacciones de importancia contra la beligerante actitud del shogunato, salvo una excepción: la rebelión de Shimabara en Nagasaki (1637-1638). Al principio fue una revuelta social, provocada por los altos impuestos decretados por el gobernador local. Pero se produjo en una zona que había sido fuertemente cristiana y no tardó en adquirir -en parte- un carácter reivindicativo religioso. Los veinte mil amotinados se hicieron fuertes en una fortaleza abandonada, en la localidad de Shimabara, enarbolando símbolos cristianos. Allí resistieron durante varios meses al ejército de 100.000 hombres que el *shogun* había enviado contra ellos. Finalmente Edo, incapaz de controlar la situación, recurrió a los comerciantes holandeses presentes en el puerto para pedirles que bombardearan con la artillería de sus barcos la fortaleza, cosa a la que se prestaron. Sólo entonces cedió la resistencia de los sublevados, en 1638. Entre los vencidos se realizó una gran matanza⁷¹.

El postrer intento de contactar con la comunidad cristiana oculta en el archipiélago lo hizo el sacerdote diocesano italiano Giovanni Sidotti, que desembarcó en Yakushima en 1708. Fue casi inmediatamente arrestado y recluido. Al principio fue tratado con consideración; incluso mantuvo una polémica doctrinal con un importante sabio confucionista de la época. Sin embargo, Giovanni siguió su labor apostólica en prisión y logró convertir a sus guardianes. Por ese motivo fue encerrado en una celda de castigo y murió de inanición en 1715⁷². Con estos trágicos episodios se cerraba la época conocida como “El siglo cristiano” de Japón.

3. Conclusiones

Si hubiera que describir con una sola palabra lo vivido por los franciscanos en tierras niponas durante el llamado “siglo cristiano de Japón”, esta sería sin duda alguna “complejidad”.

Fue compleja la relación de los discípulos de Asís en el país nipón con las autoridades puesto que entraron, en un primer momento, casi como embajadores de la corona de Castilla: no olvidemos que fueron presentados ante Toyotomi Hideyoshi para evitar una hipotética invasión de las islas Filipinas. Pero una vez cumplida su misión diplomática, aprovecharon para quedarse como misioneros. Fue el caso contrario al de los jesuitas, que entraron como misioneros y fueron, poco a poco, por mor de las circunstancias, adquiriendo el papel de diplomáticos de la corona de Portugal.

Fue compleja también la relación entre franciscanos y jesuitas, que no consiguieron desligarse del todo del patrocinio de las coronas de Castilla y Portugal, lo que enturbió y dificultó en ocasiones la cooperación entre ambas órdenes religiosas en la común misión de evangelizar Japón.

Finalmente fue compleja la situación evangelizadora, con miles de nuevos bautizados a los que apenas alcanzaban a dar una formación elemental, pese a lo cual suplieron con gran celo y dedicación la falta de misioneros. Y una vez establecidos los decretos de prohibición del cristianismo a partir de 1613, la compleja decisión de abandonar a los feligreses bajo pena de muerte o quedarse en el país atendiéndolos a costa de ser capturados y ejecutados, como finalmente ocurrió. Con todo, y también debido a la dedicación de dichos misioneros clandestinos, la llama del cristianismo no desapareció totalmente del país nipón, dando origen a los *kakure kirishitan*, o cristianos ocultos, que permanecieron fieles a la religión cristiana durante más de doscientos cincuenta años.

Notas al pie:

¹ Cfr. HALL, John (1993). *El imperio japonés*. Historia Universal Siglo XXI. Madrid, p.124.

² Cfr. HALL, John (1993), p. 125.

³ Cfr. SAKURAI, Michiko (2000). “Estudio comparativo de las culturas entre España y Japón a través de los grupos de monjes armados. Las órdenes militares de la península ibérica y los Souhei”. En *Actas Congreso sobre órdenes militares medievales españolas*. Castellón, pp. 127-135.

⁴ Cfr. HALL, John (1993), p. 131.

⁵ Cfr. HALL, John (1993), p. 133.

⁶ Cfr. *Gran Enciclopedia Rialp* (En adelante GER, 1971). Ediciones RIALP, S.A. Madrid, Tomo XIII. p. 336.

⁷ Cfr. *New Catholic Encyclopedia* (En adelante NCE, 1967). Catholic University of Washington. Washington D.C, Tomo 7, p. 828.

⁸ Cfr. HALL, John (1993), p. 127.

⁹ Cfr. GER (1971). Tomo XIII, p. 336.

¹⁰ “*Nanbanjin*” significa, literalmente, “bárbaros del sur”. Era el nombre que recibían portugueses y españoles en los siglos XVI y XVII, por el hecho de que llegaban desde las rutas del sur, por mar: los portugueses desde Macao y los españoles desde Filipinas.

¹¹ Cfr. MARIN, Fermín (1985). “El Japón Tokugawa”. En *Cuadernos de Historia* 16. nº 250. Madrid, p. 4.

- ¹² Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 828.
- ¹³ Cfr. GER (1971). Tomo XIII, p. 335.
- ¹⁴ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 828; SWEENEY, Calixtus (1993). *Friars Minor in Japan (1593-1993)*. Ed. Franciscan Province of Japan. Tokio, p. 2.
- ¹⁵ Cfr. LAURES, Johannes (1954). *The Catholic Church in Japan*. Ed. Charles E. Tuttle Company. Tokio, p. 124.
- ¹⁶ Cfr. ARBELLA, Pedro (1981). "El Japón que verá el Papa". En *Misiones Extranjeras*, Madrid, nº 60, p. 7.
- ¹⁷ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 836.
- ¹⁸ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 830.
- ¹⁹ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 836.
- ²⁰ Cfr. KONDO, Agustín (1999). *Japón. Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*. Ed. Nerea. Hondarribia, p. 184.
- ²¹ Aunque ciertamente, también hubo *bonzos* conversos (Cfr. NCE. 1967, Tomo 7, p. 836).
- ²² Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 836.
- ²³ Cfr. ARBELLA, Pedro (1981). p. 7.
- ²⁴ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 830.
- ²⁵ En realidad, los primeros franciscanos habían llegado a Japón mucho antes, a consecuencia de un tifón que hizo arribar su barco a costas japonesas, en 1582. Pero tuvieron que abandonar el país tras una breve predicación de dos meses (Cfr. UYTENBROECK, Thomas, 1957. *The Franciscans in the Land of the Rising Sun*. Ed. St. Joseph Friary. Tokio, p. 2).
- ²⁶ Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). Ed. Franciscan Province of Japan. Tokio. p. 2.
- ²⁷ Cfr. LAURES, Johannes (1954). p. 125.
- ²⁸ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 4.
- ²⁹ Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 3.
- ³⁰ Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 3.
- ³¹ Cfr. GIL, Juan (1991). *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Ed. Alianza Universidad. Madrid. p.69.
- ³² Cfr. GIL, Juan (1991). p. 69.
- ³³ Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 3.
- ³⁴ Cfr. LAURES, Johannes (1954). p. 125.
- ³⁵ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p.5.
- ³⁶ Para más información y contrastar las distintas versiones, ver KONDO, Agustín (1999). p. 184; GIL, Juan (1991). p.71; LAURES, Johannes (1954). p.128.

³⁷ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 6.

³⁸ Los nombres de los misioneros mártires eran: Pablo Miki, Diego Kisai y Juan Goto, jesuitas japoneses; Pedro Bautista Blázquez; Francisco Blanco, Martín de Aguirre y Francisco de Parrilla, franciscanos españoles; Felipe de las Casas, nacido en México, y Gonzalo García, natural de la India, de padre portugués y madre indígena. (GER. 1971. p. 353).

³⁹ Cfr. GIL, Juan (1991). p. 71.

⁴⁰ Cfr. GER (1971). Tomo XIII, p. 353.

⁴¹ Cfr. LAURES, Johannes (n.1954). pp. 147-148.

⁴² Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 5; UYTENBROECK, Thomas (1957). pp. 7-8.

⁴³ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 831.

⁴⁴ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957) habla de 27 franciscanos. Ver p. 10.

⁴⁵ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 831.

⁴⁶ Ver NCE (1967). Tomo 7, p. 831; ARBELLA, Pedro (1981). p. 7; GER (1971). Tomo XIII, p. 353.

⁴⁷ Ver mapa nº 2.

⁴⁸ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 8-10; SWEENEY, Calixtus (1993). p. 5; NCE (1967). Tomo 7, p. 831. Y apéndice nº 1

⁴⁹ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 10.

⁵⁰ Cfr. LAURES, Johannes (1954). p. 143.

⁵¹ Como dice LAVELLE, Pierre (1998), en *El pensamiento japonés*. Acento Editorial. Madrid, p. 21, “En lo que tiene de más específico, el pensamiento japonés tradicional no valora ni el absoluto ni el individuo, sino el mundo”.

⁵² Cfr. KONDO, Agustín (1999). p. 218.

⁵³ GER (1971). Tomo XIII, p. 329.

⁵⁴ Conviene recordar que, en este sentido, y debido a esa actitud en ocasiones política, las relaciones entre las distintas órdenes misioneras que operaban en Japón no fueron todo lo fluidas que cabía esperar. Los franciscanos habían venido a Japón bajo patronazgo español, desde Filipinas. Y los jesuitas –bajo cuyas órdenes estaban todos los misioneros, en tanto que el obispo de Japón era de la Compañía –bajo el amparo del rey de Portugal. Ni siquiera la asunción de la corona portuguesa por parte de Felipe II cambió las cosas: muchos portugueses de la zona seguían considerando legítimo rey luso al prior de Crato. La razón última de estas desavenencias no era otra que la indefinición del Tratado de Tordesillas de 1493: tanto Portugal como España consideraban a Japón como territorio de su jurisdicción en lo político, comercial y religioso. Las órdenes misioneras se vieron contagiadas por ese espíritu (ver GIL, Juan (1991). p.21, 69; 89; ARBELLA, Pedro (1981). p. 7).

⁵⁵ Cfr. LAURES, Johannes (1954). p. 143.

⁵⁶ Cfr. KONDO, Agustín (1999). p. 219.

⁵⁷ Cfr. KONDO, Agustín (1999). p. 218.

⁵⁸ Cfr. KONDO, Agustín (1999). pp. 219-220; GER (1971). Tomo XIII, p. 329. En cuanto a los ingleses, abandonaron el comercio con Japón por iniciativa propia tiempo antes, debido a la competencia holandesa.

⁵⁹ Cfr. GER (1971). Tomo XIII, p. 336.

⁶⁰ Cfr. LAURES, Johannes (1954). p. 144.

⁶¹ Hubo casos de verdadero heroísmo, como por ejemplo, ayudantes de los misioneros, que no habían estado presentes en el momento de la detención de aquéllos y que se presentaban voluntariamente ante las autoridades declarándose cristianos: varios de ellos entraron durante su cautiverio en la Orden franciscana y sufrieron martirio (Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 15).

⁶² Para hacerse una idea de las gravísimas dificultades en que trabajaron los misioneros bajo la etapa de persecución, es aconsejable leer la novela histórica de Shusaku Endo titulada *Silencio*. Endo, nacido en Tokio, y converso al cristianismo en su niñez, fue uno de los escritores más famosos de Japón del siglo XX.

⁶³ Sus nombres eran: Pedro Bautista Torres y Tamayo; Apolinar Franco; Luis Gómez; Juan de Santa Marta; Pedro de la Asunción; Diego de San Francisco y el hermano Gabriel de Santa Magdalena (Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 10).

⁶⁴ Juan de Santa Marta fue capturado el 12 de junio de 1615; Pedro de la Asunción, el 18 de abril de 1617; y Apolinar Franco, el 7 de julio del mismo año (Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 4).

⁶⁵ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). pp. 11-12; apéndices nº 1, 2.

⁶⁶ En un escrito remitido en 1629 clandestinamente al exterior de la isla, los misioneros ocultos hablaban de 7.000 conversiones al norte de Honshu en un espacio de tres años (Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 6; UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 13).

⁶⁷ Cfr. SWEENEY, Calixtus (1993). p. 7.

⁶⁸ Cfr. UYTENBROECK, Thomas (1957). p. 13-14; SWEENEY, Calixtus (1993). p. 6.

⁶⁹ Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 832.

⁷⁰ Cfr. GER (1971). Tomo XIII, p. 353.

⁷¹ Cfr. HALL (1993). p. 172; NCE (1967). Tomo 7, p. 831; 840.

⁷² Cfr. NCE (1967). Tomo 7, p. 832.

Bibliografía

- ARBELLA, Pedro (1981). “El Japón que verá el Papa”. En *Misiones Extranjeras*. Madrid.
- ENDO, Shusaku (2009). *Silencio*. Ed. Edhasa. Barcelona.
- GIL, Juan (1991). *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Ed. Alianza Universidad. Madrid.
- Gran Enciclopedia Rialp* (1971). Ediciones RIALP, S.A. Madrid, Tomo XIII.
- HALL, John (1993). *El imperio japonés*. Historia Universal Siglo XXI. Madrid.
- KONDO, Agustín (1999). *Japón. Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*. Ed. Nerea. Hondarribia.
- LAURES, Johannes (1954). *The Catholic Church in Japan*. Ed. Charles E. Tuttle Company. Tokio.
- LAVELLE, Pierre (1998). *El pensamiento japonés*. Acento Editorial. Madrid.
- MARIN, Fermín (1985). “El Japón Tokugawa”. En *Cuadernos de Historia 16*. nº 250. Madrid.
- New Catholic Encyclopedia* (1967). Catholic University of Washington. Washington D.C, Tomo 7.
- SAKURAI, Michiko (2000). “Estudio comparativo de las culturas entre España y Japón a través de los grupos de monjes armados. Las órdenes militares de la península ibérica y los Souhei”. En *Actas Congreso sobre órdenes militares medievales españolas*. Castellón.
- SWEENEY, Calixtus (1993). *Friars Minor in Japan (1593-1993)*. Ed. Franciscan Province of Japan. Tokio.
- UYTTENBROECK, Thomas (1957). *The Franciscans in the Land of the Rising Sun*. Ed. St. Joseph Friary. Tokio.

Apéndices

APÉNDICE N°1. Franciscanos en Japón (1582-1640). Nombres y datos de referencia						
Nº	NOMBRE	LLEGADA A JAPÓN	SALIDA DE JAPÓN	LUGAR DE FALLECIMIENTO	AÑO DE FALLECIMIENTO	OBSERVACIONES
1	Juan Pobre Díaz Pardo	1582/1584	1582/1584	Manila	1616	
2	Diego Bernal	1584	1584		1584	Murió en un naufragio.
3	Pedro Bautista Blázquez y Blázquez	1593		Nagasaki	1597	Martirizado.
4	Bartolomé Ruiz	1593	1597	Manila	1600	
5	Francisco de San Miguel Andrade	1593		Nagasaki	1597	Martirizado.
6	González García	1574/1593	1582	Nagasaki	1597	Martirizado. Entró dos veces en el país.
7	Agustín Rodríguez	1594/1602	1597/1603	Madrid	1613	
8	Jerónimo Jesús de Castro	1594/98/1601	1597/1599	Kioto	1601	Entró tres veces en el país.
9	Marcel de Ribadeneira	1594	1597	España	1610 aprox.	
10	Juan Pobre de Zamora	1595/96	1596/97	Madrid	1615/16	
11	Martín de Aguirre	1596		Nagasaki	1597	Martirizado.
12	Francisco Blanco	1596		Nagasaki	1597	Martirizado.
13	Felipe de Jesús de las Casas	1596		Nagasaki	1597	Martirizado.
14	Luis Gómez Palomino	1598/1601	1598	Edo	1634	Martirizado. Entró dos veces en el país.
15	Pedro de Burguillos	1601/1602	1602/1614	Manila	1615	
16	Juan de Noguera	1602	1604 aprox.		1621	Falleció durante una travesía marítima.
17	Juan Bautista de Moya	1602	1614	Filipinas	1616	
18	Francisco Avellaneda y Guzmán	1602	1608 aprox.	Manila	1618	
19	Andrés de la Cruz Sevilla	1602	1614	Filipinas	1625	
20	Pedro Bautista Porres y Tamayo	1602/1611	1610/1616		1630	Entró tres veces en el país. Falleció durante una travesía marítima.
21	Juan de Madrid	1602	1614	Manila	1630	
22	Diego Berneo	1603	1605	Manila	1609	
23	Alfonso Ruis Navarro	1603	1614	Manila	1638	
24	Luis Cabrera y Sotelo	1603/1622	1613	Omura	1624	Martirizado. Entró dos veces en el país, la segunda clandestinamente.
25	Alfonso Muñoz	1606	1610	México	1620	
26	Apolinar Franco	1606/1617	1614	Omura	1622	Martirizado. Entró dos veces en el país, la segunda clandestinamente.
27	Francisco Gálvez	1606/ ¿?		Edo	1623	Martirizado. Entró dos veces en el país, la segunda en fecha desconocida.
28	Cristóbal de San Buenaventura	1606	1614	Manila	1615	
29	Lucas Salas	1606	1609		1609	Falleció durante una travesía marítima.
30	Nicolás Velázquez	1606	1614	Filipinas	1615	
31	Juan Francés	1607	1614	Filipinas	1615	
32	Domingo Varón	1607		Japón	1608	
33	Juan de Santa Marta	1607		Kioto	1618	Martirizado.
34	Pedro de la Asunción	1607		Omura	1617	Martirizado.
35	Francisco Durán	1607	1614	España	1616 aprox.	
36	Diego Ibáñez	1611	1613	México	Incierto	
37	Ignacio de Jesús	1611	1613	España	1628	

APÉNDICE N°1. Franciscanos en Japón (1582-1640). Nombres y datos de referencia						
38	Pedro de San Diego Flamenco	1611	1614	Filipinas	1620	
39	Juan de Palma	1611	1614		1624	Falleció durante una travesía marítima.
40	Juan Martínez	1611	1614	Filipinas	1624	
41	Diego de Chinchón	1612	1614	Manila	1617	
42	Diego de San Francisco Pardo	1612/1618	1616	Japón	1634	Entró dos veces en el país, la segunda de forma clandestina.
43	Miguel Pérez	1612	1614	Madrid	1639	
44	Gabriel de Santa Magdalena Tarazona	1612	1614	Nagasaki	1632	Martirizado.
45	Martín de Pineda	1612/1618	1614	Nagasaki (no seguro)	1622/23	Entró dos veces en el país, la segunda de forma clandestina.
46	Pedro de San Diego	1612	1614	Manila	1629	
47	Ricardo de Santa Ana Trouvé	1612/1617	1614	Nagasaki	1622	Martirizado. Entró dos veces en el país, la segunda de forma clandestina.
48	Sebastián de San Pedro Bemarrohoa	1611 aprox.	1614	Desconocido	Se ignora	
49	Antonio de San Buenaventura de Tuy	1618		Nagasaki	1628	Martirizado. Entró en el país de forma clandestina.
50	Diego de la Cruz Palomares	1619		Desconocido	Se ignora	
51	Francisco Barajas	1619		Edo	1640	Entró clandestinamente en el país.
52	Francisco de San Andrés	1619		Desconocido	Incierto	
53	Pedro de Avila	1619		Nagasaki	1622	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
54	Vicente de San José	1619		Nagasaki	1622	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
55	Luis Sasada	1622		Omura	1624	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
56	Juan de San Felipe	1623		Nagasaki	1628	
57	Francisco de Santa María			Nagasaki	1627	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
58	Bartolomé Laurel	1623		Nagasaki	1627	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
59	Bernard de San José Osorio	1623		Edo	1640	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
60	Juan Miyasaki	1628		Nagasaki	1633	Martirizado. Terciario franciscano.
61	Jerónimo de la Cruz Iyo	1630		Nagasaki	1632	Martirizado. Terciario franciscano.
62	Ginés de Quesada	1632		Osaka	1634	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
63	Juan de Torrella	1632		Osaka	Incierto	Martirizado. Entró clandestinamente en el país.
64	Francisco de San Buenaventura Yera	Desconocido		Omura	1622	Martirizado.
65	Pablo de Santa Clara	Desconocido		Omura	1622	Martirizado.
66	Antonio de San Francisco	Desconocido		Nagasaki	1627	Martirizado.
67	Domingo de San Francisco	Desconocido		Nagasaki	1628	Martirizado.
68	Diego de Santa Catalina	1615	1616	España	1636	
69	Bartolomé de Burquillos	1615	1616	México	1638	
70	Juan de San Pablo de Matute	1615	1616	España	1633	

Fuente: elaboración propia a partir de *Catalogus Fratrum Minorum en Japonia*. Tokio, 1985.

